

capturado, decidió pasar cortos lapsos en un mismo lugar, por lo que se desplazó hacia las provincias del sur, y se estableció en los pueblos que bordean la carretera Panamericana. Recorrió desde Santo Domingo de los Colorados hasta Huaquillas, traspasó las fronteras y llegó hasta Perú.

Su paso por ese país no fue fácil: en un principio trató de establecerse en la ciudad de Tumbes y sus inmediaciones, mas se dio cuenta de que se encontraba en medio de un desierto. Los campos no eran espacios verdes llenos de campesinos, sino largas extensiones de terreno desprovistas de habitantes. No era un buen escenario para caminar entre poblado y poblado, ya que había grandes distancias que separaban a cada asentamiento humano; además, las comunidades cuidaban con mayor atención a sus hijas, los familiares eran desconfiados y las autoridades peruanas eran recelosas con los forasteros. A las pocas semanas de su estancia en el país, un grupo de policías se le acercó y, al encontrarlo indocumentado, lo echó del país. Su expulsión no evitó que su estancia hubiera pasado indemne. De acuerdo con su confesión, habría dejado al menos una docena de niñas asesinadas en territorio peruano.

Regresó a Ecuador, desanduvo sus pasos y remontó la cordillera hasta llegar a la ciudad de Ambato, donde aumentó su sed por la sangre. Sus asesinatos se tornaron compulsivos y descontrolados, y cobró varias víctimas en una misma semana. La masiva desaparición de niñas creó una fuerte alarma en la población. El terror se regó por las calles hasta que su feroz maratón se detuvo al ser capturado por una docena de vendedoras del mercado central. Su historia estaba lejos de terminar porque fue puesto en libertad de forma absurda, pues sería liberado varias décadas después en la ciudad de Bogotá, luego de que se le declarara mentalmente sano.

El mal anda suelto. Detalles sobre la condena y libertad del Monstruo de los Andes

Tal vez lo más temible de la historia de Pedro Alonso López no son los detalles de su captura, sino que se encuentra libre. De manera sorprendente, ninguna cárcel pudo retenerlo, no tanto porque las rejas y las paredes de las prisiones fueran débiles como por los defectos de los sistemas judiciales de Colombia, Ecuador y Perú.

Luego de confesar y colaborar con las autoridades ecuatorianas entregando los cuerpos de sus víctimas, el criminal fue llamado a juicio. Ya enterado de que se enfrentaba a la cárcel, dejó de colaborar, se alejó de la prensa y cayó en un profundo silencio, luego de declararse inocente.

Pese a ello, las pruebas en su contra eran demoledoras y fue condenado a dieciséis años de cárcel. Se le trasladó al penal García Moreno de Quito, donde fue recluido en el pabellón B en compañía de otros 150 internos y mostró un excelente comportamiento. La mayoría de los asesinos seriales son reclusos ejemplares, no producen conflictos y se dedican a trabajar o a ayudar en diferentes labores de la cocina o de la biblioteca de las cárceles; además, tienden a convertirse en fanáticos religiosos. La razón de esta conducta está relacionada con el hecho de que sus objetos de deseo se encuentran fuera de su rango de acción. En cautiverio no existen los escenarios y condiciones para cometer sus asesinatos; no tienen acceso a posibles víctimas, ya que los otros reclusos no clasifican dentro del umbral de sus obsesiones. Como un fumador que se queda sin cigarrillos en una isla desierta, los asesinos en serie prisioneros están privados de sus objetivos.

Empero, estar alejado de sus objetos de deseo no garantiza un cambio en la estructura de su personalidad. No hay datos

fiables en la actualidad sobre la rehabilitación de estas personas, pues en la mayor parte del mundo son ejecutadas o condenadas a cadena perpetua ya que es casi seguro que reincidirán en sus crímenes si recuperan la libertad.

Durante su reclusión, el Monstruo de los Andes gastó la mayor parte de sus días dando vueltas al patio del penal, fumando bazuco y marihuana y dedicado a leer periódicos y revistas viejas. Lejos de tener una vida tranquila y ociosa, su existencia pendía de un hilo. Sobrevivió a casi una docena de atentados con armas blancas por parte de otros reclusos que veían en él al peor de los criminales. Como consecuencia, su cuerpo se llenó de cicatrices y sus guardianes lo protegían con más atención.

De vez en cuando recibía a periodistas de diferentes medios de comunicación a los que concedía entrevistas, dejándolos impresionados por su desparpajo y elocuencia, así como por su frialdad. Pasaba de relatar sus asesinatos a intentar convencer a la opinión pública de su inocencia aduciendo que el culpable de las muertes no era él sino Jorge Patiño, un personaje imaginario que creó para evadir sus responsabilidades, como se evidencia en una entrevista concedida en 1994 al diario *El Tiempo*: "Me dediqué al comercio y me encontré con una mala compañía. Recuerdo que se llamaba Jorge Patiño. Yo sí acepto que violaba, pero él era el que asesinaba. Me tenía amenazado de que si lo llegaba a delatar, él me mataba. Un día yo ya no aguanté más. Nos fuimos a tomar a un café de Durán (municipio ecuatoriano) y lo maté a cuchillo y como las autoridades ya investigaban los crímenes de las menores, yo colaboré con ellas y les ayudé a localizar los lugares donde sepultábamos nuestras víctimas". Mediante esta historia el asesino intentaba engañar a la sociedad, como lo hacía con sus víctimas, para librarse de la responsabilidad penal de sus acciones.

En medio del frío del penal García Moreno, los días y las noches fueron avanzando mientras su corta condena se cumplía y la década del ochenta llegaban a su fin. El almanaque avanzaba con premura y el peligroso asesino se acercaba a la libertad. Varios abogados intentaron interponer recursos para que se le condenase con mayor rigidez y centenares de padres de familia clamaban en las calles para que se le encerrara de por vida.

Pese a las protestas, en 1994 su pena finalizó. El hombre que aterrizó al mundo durante casi una década estaba a punto de regresar a su viejo oficio. No obstante, las autoridades judiciales intentaron retenerlo hasta el último momento: fuera de la prisión, una camioneta y un grupo de policías lo esperaban para arrestarlo porque un juez de Ibarra, una ciudad ubicada al norte de Quito, había dictado orden de captura por hallarse indocumentado.

Al dejar la prisión, el asesino posó acompañado de una sonrisa irónica frente a las cámaras de televisión, al tiempo que fue conducido de inmediato a la Intendencia de Policía de la provincia de Imbabura. Allí, los medios de comunicación fueron testigos de una diligencia inusual. Ante un centenar de *flash* y luces, López entró a la sala y saludó de mano a todos los presentes. Acto seguido, el juez le explicó que por ser extranjero no podía permanecer en territorio ecuatoriano y ordenó que se deportase a Colombia.

Al escuchar el veredicto, los agentes policiales sacaron al homicida del edificio gubernamental con celeridad y se abrieron paso entre los periodistas. Afuera, una muchedumbre esperaba con piedras y uno que otro cuchillo, gritándole amenazas y reclamando justicia.

Durante más de cinco horas una caravana policial trasladó al criminal hasta la frontera con Colombia. En el puesto fron-

terizo, los agentes del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) lo esperaban para reseñarlo y, a pesar de que las autoridades colombianas eran conscientes de la peligrosidad del sujeto, no pudieron capturarlo, puesto que no existía ninguna orden judicial en su contra. Por ello, no fue llevado a los calabozos y los detectives tuvieron que hacer una colecta para pagarle una habitación en un hotel de la ciudad de Pasto. Allí, López no hizo otra cosa que ver televisión, comer y dormir. Aunque los agentes vigilaban el edificio las veinticuatro horas del día y podía salir a la calle, no lo hizo por temor a que lo mataran.

Después de una semana llegó una orden de captura. Los juzgados de El Espinal lo requirieron como sospechoso de la muerte de más de una docena de niñas. Con premura, los detectives entraron en el hotel y le informaron que estaba arrestado. El asesino los saludó y sonrió mientras se peinaba.

A la mañana siguiente se encontraban a kilómetros de distancia, rumbo al departamento del Tolima. La caravana llegó hasta El Espinal con la esperanza de que alguna denuncia se hiciera efectiva y permitiera llevarlo a juicio. Cuando la camioneta ingresó en el parque de la población, le esperaban más de dos mil personas armadas con palos y piedras. Empujaron el vehículo y golpearon sus latas, que se doblaron por la fuerza del asalto. La situación se volvió incontrolable y los funcionarios emprendieron la huida hacia Bogotá.

Ya en la capital, intentaron practicarle un examen físico y mental, a lo que se negó repitiéndoles a los médicos "que lo dejaran libre". A los pocos días fue llevado de regreso a El Espinal, donde los ánimos se habían calmado y solo una denunciante acudió al juzgado. Se trataba de Alba Sánchez, quien afirmó que varios años atrás se encontraba en el interior de su vivienda cuando su hija Floralba jugaba en la calle. De un momento a

otro notó cómo se retiraba con un desconocido y, sin poner mayor atención, siguió con la limpieza de su hogar. A partir de ese día, la niña desapareció por varias semanas hasta que fue encontrada muerta en una zona rural. Años más tarde reconoció al sospechoso cuando lo vio en televisión. No tenía la menor duda: se trataba de Pedro Alonso López.

La Fiscalía utilizó el testimonio y los exámenes practicados al cuerpo para concluir que era otra de las innumerables víctimas del Monstruo de los Andes. La pequeña había sido violada y estrangulada de forma idéntica a las niñas ultimadas en Ecuador.

El juicio duró poco y Pedro Alonso López fue condenado por el homicidio. La defensa solicitó un peritaje psiquiátrico, por lo que se le realizaron varios exámenes médicos y se concluyó que se encontraba en un estado psicótico y que por lo tanto era inimputable. En la práctica, esto significa que el sujeto no es culpable de sus actos, pues no es consciente de la gravedad de sus acciones; por ello, debe ser tratado por médicos especializados y su condena debe ser terminada en el momento en que se dictamine que se encuentra sano. Sin embargo, este diagnóstico fue inexacto porque el asesino escondía los cadáveres de sus víctimas, lo que lleva a concluir que sabía que sus actos eran moralmente incorrectos. Además, utilizaba engaños y patrañas para someter a las menores, lo que demuestra predisposición, premeditación y planeación para cometer los homicidios, por lo tanto era consciente del mal que provocaba y de sus consecuencias. Por tales razones, no debió ser tratado como un enfermo mental, sino como una persona con rasgos de personalidad enfermizos que representa un peligro para la sociedad.

Luego de la condena, en el año de 1994, fue trasladado al Anexo Psiquiátrico de la Cárcel Modelo de Bogotá, donde dejaría de ser el centro de atención para convertirse en otro paciente

del penal. Se mostraba locuaz frente a los médicos, hacía ejercicios físicos de forma compulsiva, no necesitaba de medicaciones fuertes y se distraía leyendo o viendo televisión. Se peinaba con especial detalle y cuidaba de su apariencia personal. Con cierta rapidez, la prensa y el país se olvidaron de sus crímenes y de manera absurda fue liberado en 1998, por considerarse que se encontraba "curado". Como condición para salir de la cárcel, se le obligó a reportarse con frecuencia y seguir visitando al psiquiatra asignado. Empero, desapareció sin dejar rastro y no volvió a presentarse frente a las autoridades en ningún momento.

Enseguida, una ola de espanto recorrió Ecuador. Algunos cables noticiosos de agencias internacionales tan prestigiosas como AFP informaron al mundo del pánico colectivo que se extendía por todo el país. Reseñaban que el asesino había sido visto vagando por Tulcán e Ibarra. Incluso afirmaban que había sido capturado cuando deambulaba por las calles de Cuenca y que había escapado días después. Sin embargo, ninguna de estas informaciones ha podido ser verificada y hasta el momento se desconoce el paradero del asesino.

Lo que sí ha sido confirmado es su regreso a El Espinal. Una mañana, a comienzos del nuevo milenio, se presentó en la población vestido con una camisa clara y un pantalón oscuro. Buscó el hogar de su madre, Bernilda López, tocó la puerta y con un tono altanero le solicitó su herencia: "Vengo en vida por lo mío, porque no tengo un peso", le dijo. La anciana le entregó unos pocos billetes de baja denominación que guardaba en un cajón y una vieja cama que Pedro Alonso desarmó; amarró las tablas del catre, lo cargó alejándose con dificultad y desapareció para siempre entre el calor vaporoso de la tarde.

En la actualidad existen algunos rumores sobre el destino del Monstruo de los Andes. Algunas personas afirman haberlo visto en el departamento del Tolima, en los municipios de Léri-

da y Mariquita, otros dicen que vive en Bogotá en medio de la indigencia y otros más aseveran que fue asesinado por encargo de los familiares de sus víctimas.

Lo único cierto es que hasta el momento no existe ningún documento legal que pruebe su muerte y que su libertad es la consecuencia de la debilidad de los sistemas judiciales de los países andinos, territorios en donde acabó con la vida de al menos trescientas niñas inocentes que no tuvieron justicia.

Más que un problema moral, su libertad representa un peligro constante para la infancia en Colombia. Según la mayoría de los estudios, esta clase de criminales nunca dejan de matar y solo interrumpen sus ataques al ser capturados. Como el mismo Pedro Alonso López afirmó en una entrevista: "El momento de la muerte es apasionante y excitante. Algún día, cuando esté en libertad, sentiré ese momento de nuevo. Estaré encantado de volver a matar. Esa es mi misión".

DANIEL CAMARGO BARBOSA

El Sádico de El Charquito

Si alguna vez ha existido una mente criminal brillante detrás de los asesinos seriales es la de Daniel Camargo Barbosa, un homicida despiadado que, aunque comparte los principales rasgos de la mayoría de los criminales colombianos —pobreza e inestabilidad, capacidad de engañar y embaucar— tenía una característica especial. Poseía un coeficiente intelectual de 116, lo que lo clasifica como una persona con inteligencia superior. Hablaba con propiedad de obras de literatura y filosofía, comprendía inglés y portugués y ostentaba capacidades sorprendentes para entender el mundo y la naturaleza que le permitieron desafiar a las autoridades de Colombia, Ecuador y Brasil durante más de veinte años. Escapó de prisiones inexpugnables como la isla Gorgona y manipuló a jueces y policías. Sin embargo, Camargo está lejos de ser una mente maestra o un genio refinado, pues sus actos no son los de un superdotado, sino los de un ser vil e inhumano.

Sus asesinatos fueron brutales y llenos de maldad, por lo que se convirtió en uno de los peores criminales colombianos. Se estima que violó, torturó y asesinó a más de 157 mujeres en un período de veinte años. Su historia, lejos de ser enigmática, rivaliza con las más espeluznantes películas de horror. La me-

cánica de sus crímenes, su frialdad y capacidad de mentir son extremas, incluso si se le compara con los demás personajes que desfilan con infamia por este libro.

En las siguientes páginas exploraremos el misterio que se esconde tras la mezcla de inteligencia y maldad que hacen de este criminal un personaje excéntrico e implacable. Revisaremos su infancia y las características de sus asesinatos para hacer un mapa de su mente y sus impulsos, así como de las demás particularidades que hicieron que las acciones de este sujeto parecieran más las de un demonio que las de un ser humano.

Un sádico aterroriza Ecuador

Era el año de 1984 cuando Ecuador aparentaba olvidar el terror sembrado por Pedro Alonso López y la historia parecía repetirse: mujeres jóvenes y atractivas desaparecían en las principales ciudades del país a un ritmo aterrador. Día tras día las noticias sembraban el miedo entre los padres de familia con narraciones sobre aterradoras camionetas rojas conducidas en medio de la noche. Hombres encapuchados que capturaban jóvenes para venderlas a redes internacionales de prostitución, sectas satánicas que sacrificaban humanos en oscuros aquelarres y misas negras, traficantes de órganos y millonarios que poseían calabozos repletos de esclavas sexuales eran algunas de las fantasías que brotaban de la imaginación popular y trataban de dar explicación al enigma de las desapariciones.

Incluso circularon algunos testimonios de supuestas víctimas que decían haber sido atrapadas por hombres rubios con acento italiano y llevadas hasta un barco de bandera extranjera en altamar, donde las había sometido a crueles rutinas de prostitución. La noticia alarmó tanto a la población como al mism

Gobierno ecuatoriano, que ordenó a las fragatas de la marina de guerra buscar al barco fantasma a lo largo de la costa pacífica. Sin embargo, nunca se encontraron pruebas de algún navío cargado de mujeres ni pistas sobre camionetas amenazantes o encapuchados. Las autoridades se enfrentaban a una encrucijada. Sin pistas ni recursos era poco lo que podían hacer, mientras tanto aumentaba el descontento popular.

Desesperados, algunos padres de familia ofrecieron recompensas y recorrieron el país en búsqueda de sus seres queridos. La Defensa Civil de la provincia de Guayas emitió un comunicado en el que se explicaban las principales medidas de seguridad para evitar el peligro que acechaba a las muchachas, entre las que estaban no usar ropa apretada o provocadora, no hablar con extraños y no salir a la calle a altas horas de la noche.

A pesar de tales disposiciones, las mujeres seguían desapareciendo y los meses avanzaban sin ninguna esperanza. Empero, en 1985 dos nuevos acontecimientos brindaron algunos indicios a las autoridades, lo que permitiría, a la postre, la resolución del misterio.

En las cercanías a Guayaquil, entre terrenos ondulados y sinuosos, aparecieron cadáveres de mujeres, agrupados, desnudos y sin documentos. Estaban abandonados entre matorrales, en terrenos agrestes e inaccesibles. Aunque no pudieron ser identificados de inmediato, los investigadores estaban seguros de que los cuerpos tenían conexión con las desapariciones. Después de que los restos fueron examinados, los forenses determinaron que las muertes habían sido producidas por estrangulamiento y asfixia mecánica; no había evidencia del uso de armas, solo quedaban las marcas de los dedos y las manos del asesino, y todas las mujeres habían sido violados casi al mismo momento de la muerte.

De otro lado, algunas familias empezaron a recibir extraños mensajes, llamadas, cartas y paquetes. Una mañana, en medio del calor de la costa pacífica ecuatoriana, una carta fue entregada a la desesperada familia de una de las jóvenes desaparecidas. En ella, un grupo de secuestradores demandaba un millón de dólares (unos 3.000 dólares para la época) por la entrega de la muchacha. La familia, incrédula, entabló conversaciones con los supuestos secuestradores por medio de varias llamadas telefónicas a la casa de la infortunada víctima. Solicitaron pruebas de supervivencia y a los pocos días llegó por mensajería un paquete que contenía la ropa interior de la niña, tras lo cual la familia avisó a la policía, pero las llamadas y los mensajes cesaron de inmediato.

Estas dos situaciones —los cuerpos y las llamadas— producían un cambio en la investigación. Ya no se trataba de barco fantasma, sino de asesinatos y secuestros. La policía empezó a sospechar de la existencia de un asesino en serie y llamó a un psiquiatra Óscar Bonilla León, quien revisó la información con que contaban los organismos de seguridad y determinó que el asesino debía ser un hombre de edad madura y estatura media.

El doctor Bonilla concluyó que no debía tratarse de una banda, pues por las características que presentaban los cuerpos —violación y estrangulamiento— se trataba de crímenes sexuales, y, según la Criminología, es poco probable que exista la asociación de varias personas para la violación y el asesinato serial. A diferencia de otras conductas delictivas como el robo o el narcotráfico, los delitos sexuales tienden a ser cometidos por un solo individuo.

La policía buscó la mayor cantidad de evidencia que permitiera la identificación del asesino. Para ello contaban con la experiencia ganada en el caso del Monstruo de los Andes, que en

ese preciso momento se encontraba en prisión. Se rastreó a las mujeres sobrevivientes de intentos de violación en zonas cercanas a las desapariciones en los últimos meses con el fin de establecer una descripción fiable y un retrato hablado del asesino.

Mas las desapariciones no se detenían. Las noticias se llenaban con nombres y fotografías alarmando a una ciudadanía que se sentía desprotegida y que desconfiaba de la efectividad de los organismos de seguridad. Casi semanalmente aparecían cuerpos con las mismas características: se encontraban agrupados y pertenecían a mujeres jóvenes y atractivas que habían sido violadas brutalmente.

Surgieron conatos de linchamiento y grupos de vengadores que buscaban hacer justicia con sus propias manos, además del autodenominado Ejército de Vengadores de Niños, que se adjudicó la muerte a balazos de un par de sospechosos. Ante la tribulación ciudadana, las autoridades recibieron la orden de acelerar las investigaciones y capturar al asesino lo más rápido posible.

No obstante, un hecho casi fortuito daría la pista para develar el misterio. Una llamada alertó al doctor Bonilla León. El coronel encargado de la persecución deseaba mostrarle algunas evidencias para su análisis. Una vez en las instalaciones de la policía, se le entregaron varios retratos hablados y descripciones de algunos sospechosos que habían capturado. El psiquiatra observó con cuidado cada fotografía y retrato hablado que se le presentaba y algunos detalles insignificantes llamaron poderosamente su atención: dentro de la carpeta de evidencias había unos papeles sueltos y arrugados que repasó con detenimiento, se fijó en uno que tenía varias filas ordenadas con nombres de mujer e iniciales en letras mayúsculas y luego en una tarjeta que tenía una caligrafía cuidadosa y elegante que decía "Iglesia Evangélica Pentecostal, Puente 5 de Junio, Parque Guayaquil".

La letra era idéntica en los dos trozos de papel y el psiquiatra no pudo evitar concluir que se encontraban frente a la letra del asesino. Enseguida llamó al policía que había introducido los papeles entre la evidencia, quien entró a la sala con nerviosismo. El coronel lo observaba con tranquilidad mientras el psiquiatra le solicitaba que relatará cómo había encontrado los papeles. La historia del policía llenó de ansiedad a los investigadores. Siendo las 6:30 de la tarde, justo cuando el calor del día empezaba a disiparse y una brisa refrescante aplacaba el bochorno, patrullaba en la ruta que une a Guayaquil con Daule, una población de aproximadamente 85.000 habitantes. Observó a un hombre solitario que cargaba un bolso negro bajo el brazo. Algo le atrajo, pues no era frecuente que una persona sola transitara por aquel paraje, así que decidió acercarse y abordarlo. Se dio cuenta de que se trataba de una persona mayor y le solicitó su cédula de identificación. Al revisar el documento, notó que la foto del sujeto era borrosa y que el nombre del sospechoso era Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín. Le preguntó por el contenido del maletín que cargaba, a lo que el desconocido respondió con tranquilidad: "Es la ropa de mi hija que estudia en Esmeraldas". El policía desconfiado revisó el bolso, en donde encontró unos jeans apretados, una blusa y varios anillos y pulseras, además de una cédula de identidad que correspondía a una mujer joven.

El hombre parecía una persona educada y colaboró en todo momento con el policía. Al no tener ningún arma o elemento sospechoso, el agente se ofreció a llevarlo en la moto hasta la ciudad. El sujeto aceptó gentilmente, no sin antes sacar algunos papeles que llevaba consigo y arrojarlos al piso. Varias horas después, mientras comía junto a su familia, el policía decidió leer el diario, cuya primera plana exhibía la fotografía de una de las desaparecidas. Un sudor frío recorrió su espalda: era la

misma chica que figuraba en la cédula de identidad que había observado en el interior del bolso de aquel viejo amable y cortés con quien se había tropezado en la mitad de la carretera.

A la mañana siguiente, luego de una noche de insomnio y nerviosismo, el policía tomó su motocicleta y buscó el lugar en donde había recogido al desconocido. Allí encontró los papeles que había arrojado; estaban húmedos y mecidos por el viento a la vera del camino, pero los archivó cuidadosamente y un par de días después los introdujo en la carpeta de evidencias.

Un silencio incómodo invadió el aire entre el calor y la monotonía del mediodía. “¡Lo teníamos!”, exclamó apesadumbrado el coronel. De inmediato se realizó un retrato hablado que se envió a todo el país, acompañado del nombre del presunto asesino: Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín. Comenzaba el año de 1986 y no había ningún oficial que no conociera las señas del sospechoso.

Días después, el 26 de febrero de ese año, dos policías patrullaban por la avenida Los Granados de la ciudad de Quito, cuando de repente algo causó su interés: un extraño de aproximadamente 55 años que caminaba lentamente y cojeaba; aunque reflejaba serenidad, la escena aparecía anormal, ya que se encontraba solo en medio de un sector poco concurrido y cargaba un maletín negro bajo el brazo. Además, era de condición atlética, descripción que concordaba con la del hombre más buscado del país. Se le acercaron y el sujeto les saludó con deferencia. Le solicitaron que les dejara ver el contenido de la maleta y su documento de identidad. Los policías no salían de su asombro cuando encontraron en el interior la ropa de una niña de aproximadamente 8 años de edad, la cual sería identificada después como perteneciente a su última víctima conocida, Elizabeth Telpes, una pequeña asesinada tan solo dos horas antes

del encuentro con los agentes del orden. Un corrientazo tensionó los músculos de los policías. Uno de ellos tomó la cédula que le entregó el sospechoso, en la que se podía leer claramente: Carlos Manuel Honorio Solís Bulgarín, natural de El Naranjal.

Con algo de temor, el otro agente tomó su arma y le informó al hombre que estaba arrestado. Con frialdad, el asesino obedeció y guardó silencio. Fue conducido a las instalaciones de la Policía nacional, en donde lo esperaban para interrogarlo. Una vez preso, se mantuvo silencioso, con su rostro inexpresivo y su mirada perdida en el infinito, como si su mente estuviera ocupada por una pared blanca e impoluta. El doctor Bonilla León fue el encargado de hacer la entrevista preliminar, en la cual el hombre afirmaba ser Carlos Solís Bulgarín, haber asesinado solo a una niña y ser parte de una banda de violadores compuesta por otros dos sujetos, Jaime Rodríguez y Jorge Chávez, con lo que intentaba desviar la investigación y evadir su responsabilidad.

A los pocos días fue trasladado a Guayaquil en medio de una caravana policial que descendía desde los Andes ecuatorianos hasta la costa. Durante el recorrido, el asesino pareció entrar en un estado de trance y meditación, con una tranquilidad inalterable. Sus gestos eran duros y ásperos; se trataba de un hombre de aproximadamente 1,65 metros de estatura y de piel clara, frente es recia, cabello corto y lleno de entradas, que contrastaba con la apariencia atlética de su cuerpo.

Ya en la ciudad costera, mantuvo la misma versión dada en su primer interrogatorio, mas los entrevistadores notaron algunos detalles en los relatos del detenido: su acento no era ecuatoriano, sino colombiano, y sus historias eran contradictorias a pesar de su esfuerzo por crear un hilo conductor. Se equivocaba con frecuencia y confundía sitios, fechas y nombres.

Por su parte, la inteligencia y el trabajo del doctor Bonilla rindieron frutos y condujeron al psicópata a enredarse en su propia telaraña. La cadena de mentiras terminó por reventarse y, en un esfuerzo por evadir la cárcel, decidió confesar luego de que se le explicó que las penas por homicidio no son acumulativas en la justicia ecuatoriana y que de todos modos se le condenaría a un máximo de dieciséis años de prisión.

Se sentó frente al psiquiatra. Su rostro no tenía la apariencia de un hombre derrotado, sino la de uno acongojado. Intentó manipular a su entrevistador y le dijo que iba a relatar "la verdad verdadera", porque no quería volver a la cárcel, ya que era consciente de que necesitaba ayuda y no castigo. "Doctor, solo quiero saber si usted estaría dispuesto a colaborar conmigo en el sentido de darme la mano, de ayudarme a regresar a la normalidad, para volver a ser un hombre útil", afirmaba con pesadumbre sin perder de vista al doctor.

Este comportamiento es frecuente en los asesinos seriales al ser capturados. Tratan de conseguir la expiación de sus culpas, presentándose ante un profesional de la salud como un paciente que sufre y debe ser curado y no como un criminal desalmado. Intentan aprovecharse de los buenos sentimientos de los demás para conseguir sus objetivos; por ello, sus palabras no son sinceras, sino que forman parte de una treta elaborada para evadir las consecuencias de sus horribles actos.

Al identificar la situación, el psiquiatra decidió seguirle la corriente, ante lo cual el rostro maduro y delgado del hombre se relajó mientras afirmaba: "Usted tiene razón, yo no soy ecuatoriano; soy colombiano y mi nombre no es Carlos Solís Bulgarrín. Mi verdadero nombre es Daniel Camargo Barbosa".

¿Cómo este hombre mayor llegó a convertirse en un asesino despiadado y embaucador? ¿Cómo transcurrieron su infancia

y su juventud? ¿Qué acontecimientos moldearon su personalidad? Para responder estas enigmáticas preguntas utilizaremos las investigaciones del doctor Óscar Bonilla León, los archivos de prensa y los documentos judiciales que existen alrededor del caso para llegar al origen del Sádico de El Charquito.

La infancia del Sádico

Como hemos visto en este libro, los primeros años de vida de los asesinos en serie colombianos tienen mucho en común: están marcados por el maltrato y el abandono. Su niñez se encuentra inmersa en un ambiente propicio para el desarrollo de conductas violentas. La infancia del Sádico de El Charquito no está lejos de estas condiciones. Daniel Camargo Barbosa nació en Anolaima, departamento de Cundinamarca, el 22 de enero de 1930. Hijo de Daniel Camargo Briceño y Teresa Barbosa, creció en medio de la tranquilidad y sencillez del campo, en tiempos en que el país vivía un período de desarrollo económico sostenido debido a la caída de la hegemonía conservadora y el ascenso de Enrique Olaya-Herrera al poder. En todo el territorio nacional se respiraban aires progresistas y se vivía en medio de una paz relativa.

Camargo vivió sus primeros años en la apacible y cálida población. No obstante, la vida al interior de su hogar distaba de ser perfecta. Cuando contaba con solo dos años su madre enfermó y murió; así, quedó huérfano junto con su media hermana Cecilia. Su padre, que no estaba dispuesto a quedarse viudo por mucho tiempo, se casó a los pocos meses con una adolescente llamada Dioselina Fernández y creó un nuevo hogar.

Las relaciones entre el pequeño Daniel y su familia fueron siempre distantes. Su padre era un hombre apartado, recio e inmerso en sus negocios la mayor parte del tiempo, por lo que

su comunicación con él era prácticamente nula. Esto creó en el niño profundos sentimientos de hostilidad hacia su progenitor, como advirtió el asesino en medio de los interrogatorios: "Mi padre era una de esas personas con las que no se puede tener amistad, porque si se le comentaba alguna cosa, adoptaba una postura como: ¡Con usted no se puede contar! ¡Usted, mijito, está perdido!, lo cual me impedía llegar a él o hacerle algún tipo de confidencia". Estos desprecios golpearon la autoestima del pequeño, erosionaron su confianza y predispusieron el desarrollo de conductas psicopáticas. El niño se convirtió en un mentiroso compulsivo y embaucador y aprendió a manipular a los demás como mecanismo de defensa.

Por otra parte, su madrastra aparecía en sus recuerdos como una imagen fuerte y maltratante, que prefería a su media hermana y lastimaba al niño física y psicológicamente: "Mi madrastra me golpeaba con un rejo de esos de ganado, me quitaba los pantalones, me metía la cabeza en medio de las piernas y me castigaba las nalgas", mencionó acongojado en medio de un interrogatorio.

De esta manera, en la mente de Camargo se creó un fuerte odio y rencor hacia las mujeres tras vincular con el rechazo sus relaciones con el género femenino. Esta característica de su personalidad fue en parte influida por el trato con su media hermana, el cual, lejos de ser un lazo afectuoso, aparece en su memoria como un doloroso recuerdo. "Mi madrastra y mi media hermana siempre estaban en mi contra, es decir, eran aliadas: ellas se entendían divinamente, pero a mí me rechazaban todo el tiempo", situación que aumentó sus sentimientos de aversión hacia el género opuesto, que se manifestaban en su conducta violenta en los juegos y en la provocación de graves disputas con sus compañeros de colegio.

La respuesta de su madrastra frente a tal comportamiento no solo fue inadecuada, sino que le produjo un daño aún más profundo: "Para castigarme, me quitaba los pantalones y me ponía unas enaguas de mujer; yo me escondía en una pieza, pero ella, no contenta, llevaba a mis compañeros del colegio hasta donde me escondía y les decía 'miren'. Me ponía de esta manera en una situación muy dolorosa". Así, sus sentimientos negativos se profundizaron, pues además de ser maltratado por las mujeres de la casa, se le humillaba vistiéndolo con prendas femeninas.

Los años pasaron y el niño díscolo fue convirtiéndose en un muchacho problemático. Su padre había formado una pequeña fortuna en el comercio y, al ver la cantidad de conflictos que tenía en el interior de su hogar, decidió enviar al joven Daniel a Bogotá para que estudiara el bachillerato en un internado.

Pero a pesar de que fue matriculado en uno de los mejores colegios de la época, los resultados no fueron los esperados y su paso por el centro educativo, en lugar de enseñarle disciplina y mejorar su conducta, le generó más problemas y conflictos. Camargo llegó a la capital de la República a inicios de la década del cuarenta. La ciudad era profundamente diferente a la villa de Anolaima donde se había criado, empezando por su clima frío y húmedo y por el carácter desconfiado de los hombres y las mujeres que habitaban la urbe, que contrastaba con la sencillez de la gente de la pequeña población de la que provenía.

Ingresó al Colegio Salesiano San Juan Bosco; allí se interesó por la lectura y se destacó en las clases de latín así como en los ejercicios de gimnasia americana. No obstante, al poco tiempo se enfrentó con algunas circunstancias que marcarían su existencia. El colegio era masculino y estaba dirigido exclusivamente por sacerdotes. Dentro de este ambiente, fue testigo de los abusos sexuales de algunos curas, lo que provocó en su interior